

Coloquios de HAYA DE LA TORRE

Ignacio Campos



COLECCIÓN DE MANUEL ARÉVALO

EDUCACION DEL SOBERANO

El Maestro mencionó el nombre de un ilustre argentino, por quien siente y cultiva devoción:

–Domingo Faustino Sarmiento.

Nos presentó breve biografía del gran educador y estadista, desde su cuna en San Juan, en 1811. Sarmiento empezó desde abajo, desde niveles sociales adversos, pero en base a su tenacidad y voluntad de estudio, alcanzó la Presidencia de la República en 1868.

Su vida fue tormenta de acción y predica: combatiente del caudillismo aldeano, guerreó contra Rosas y militó deportado en Santiago de Chile. Maestro por temperamento y oficio, hizo educación de principio a fin en su vida. Nos ha dejado mas de 50 libros, pero destacan, con luz singularísima: **Facundo y Recuerdos de Provincia**.

El Maestro repitió esta frase ejemplar de Sarmiento:

–Si el pueblo es soberano, hay que educar al soberano.

Haya de la Torre recordó que estas palabras presidieron su juventud de estudiante en la Universidad de San

Marcos, cuando comprendió que era impostergable elevar el nivel cultural de los trabajadores manuales, campesinos y obreros.

Sin caer en pedagogismo miope y torpe, nos dijo que educar, allá por 1921, era revolucionar la conciencia de los explotados. Por eso devino profesor antes que político. Buscó a los obreros y estudió con ellos.

El Maestro dijo en francés, y luego en castellano, la frase incandescente que se atribuye a Danton:

–La revolución primero está en la cabeza de los hombres; luego en las calles.

Las Universidades Populares González Prada nacieron para esta docencia de trabajadores; así, desde entonces, estudiantes y trabajadores estrecharon lazos de acción y lucha, anunciando la alborada del Aprismo, años después.

El Aprismo, antes que partido, fue escuela. Haya de la Torre, antes que estadista, maestro. Pero cuando comprendió que no bastan escuelas para transformar al Perú; que era necesario tomar el poder político para hacer retroceder a las oligarquías criollas y al imperialismo, se decidió a dar el paso fundamental de su vida:

– Fundar al Apra.

– Crear al Apra como alianza de clases sociales explotadas por el imperialismo, por todas las modalidades y variantes de imperialismo.

LIBERTAD ES PARTICIPACIÓN

El Maestro historió las acciones educativas del Partido desde su misma partida de nacimiento. La democracia es participación de ciudadanos que señalan rumbos

a la Republica a través del sufragio. Votar es derecho, deber, pero también es técnica, producto de ejercicio responsable.

Los ciudadanos tienen que capacitarse para saber votar. La libertad es educación. Quien vota viciosamente, es decir, quien emite voto viciado, por defecto, en realidad no vota, ya que los votos viciados no se computan. No vota el que vota mal. Saber votar es tan importante como saber leer y escribir. Es tanto, o más.

Haya de la Torre repitió estas palabras de Cicerón en la vieja Roma prescristiana:

–Libertad significa mayor participación de los ciudadanos en los negocios públicos.

Ciudadano es el que participa. Esclavo: el que no participa. Se es más ciudadano cuando se participa más en negocios de la ciudad o del país. El esclavo no es libre; por eso no participa en asuntos públicos. La ciudadanía, la participación, se miden por la libertad de intervenir con opinión y voto; por el derecho de fiscalizar.

El Maestro agregó que la preocupación del Aprismo se expresa en su definición de los tres deberes del militante:

1. Deber político.
2. Deber sindical.
3. Deber cultural.

Educar para la libertad, educar para la democracia, se enuncia como consigna preeminente del Partido. El pueblo debe saber siempre de qué se trata, cuando los gobernantes manejan asuntos de Estado. Los ciudadanos tienen derecho a ser informados con amplitud, veracidad y oportunidad. Deben capacitarse, por tanto, para calificar esta amplitud, esta veracidad y esta oportunidad.



Manuel Arévalo

RECUERDO DE ARÉVALO

El Maestro tributó homenaje entusiasta a la memoria y al ejemplo de uno de nuestros grandes mártires:

–Manuel Arévalo.

Nos dijo que este trabajador norteño, que alcanzó altas posiciones en el Partido, fue autodidacta admirable, bajo la educatividad poderosa del Aprismo. Ingresó al Partido para estudiar y luchar por causas justas. Esbirros del dictador Benavides lo ultimaron a balazos en un descampado. Arévalo es ejemplo del poder educativo del Apra, de la capacidad formadora de un partido como el nuestro, que no se limita a transmitir conocimientos o habilidades, como cualquier escuela de barrio, sino que, además, forja una conducta de paradigma, capaz de vivir con pulcritud y morir con igual o mayor dignidad.

Manuel Arévalo nos dejó este legado inmortal; los cuatro valores de conducta:

–Fe.

–Unión.

–Disciplina.

–Acción.

El Maestro se detuvo largamente en el análisis de esta voz de orden aprista, presentando casos concretos en que las dictaduras intentaron dividir al Partido, utilizando, algunas veces, elementos interiores.

El Maestro nos dijo:

–Unidos podemos todo. Desunidos no valemos nada.

Nos invitó a recordar siempre las palabras tutelares de Arévalo, como norma fundamental en nuestra vida de militantes. Unidos y disciplinados seremos dignos de nuestra fe y podremos actuar de modo que el Aprismo encare peligros y los venza. Nuestra fortaleza reside en

la unión de todos los apristas, aun bajo discrepancias políticas, estratégicas y tácticas, a las que se tiene derecho dentro del marco de nuestra democracia partidaria; esa disciplina nos señala que toda desarmonía termina ahí donde los organismos del Partido dicen su última palabra, como personeros y titulares de la comunidad aprista.

Manuel Arévalo, obrero neto y nato, tenía intuiciones admirables para captar cosas, personas y señalar rumbos, metas. Casi por instinto sabía que cuando los adversarios –desde afuera– lograran romper nuestra disciplina y nuestra fraternidad, habrían conseguido el objetivo central del odio contra Haya de la Torre: inutilizar al Partido como instrumento de la revolución democrática que demandan los peruanos.

Por eso repetía insistentemente, como identidad de todo aprista, como santo y seña:

–¡Fe!

–¡Unión!

–¡Disciplina!

–¡Acción!

PIRGUA ES ABUNDANCIA.

El Maestro destacó que los peruanos debemos educarnos para evitar que nuestros deseos se deslicen hacia utopías. Expresó, en este momento del coloquio, su discrepancia con Herbert Marcuse, filósofo que ha tratado de unir, por modos y medios extraños, marxismo con freudismo. Señaló que debemos ser heroicamente realistas, poniendo de lado utopismos fáciles, tentaciones inviables, que nos precipitan hacia impaciencias históricas: desperdicios de energía y tiempo.

Marcuse sacralizó la utopía, desviando las incandescencias juveniles hacia violencias inútiles.

– Eduquémonos para amar y conocer al Perú— añadió el Maestro con singular entusiasmo, dirigiéndose al sector del Aula Magna donde se concentran jóvenes trabajadores.

Destaco luego que nuestro país es solar de problemas gigantescos y que, por tanto, se requiere un pueblo de gigantes que encaren y resuelvan esos problemas. Hoy afrontamos uno de esos grandes desafíos, impropios e inválidos para enanos:

–La aridez milenaria de nuestra costa.

–Tierra sin agua.

–Arena.

En este momento rindió elogios a Javier Pulgar Vidal, ilustre hombre de ciencia que pertenece a los registros del Aprismo. Dijo que en este Perú donde comemos escaseces y carestías, donde cada día hay menos para alimentarnos, Pulgar Vidal ha descubierto y señalado preciosas fuentes de producción para nutrir a millones de peruanos, pero que la ineptitud de los gobernantes no da pie en bola.

Recordó que Pulgar Vidal, en reciente intervención en el Aula Magna, había explicado que la palabra Perú significa abundancia. La voz “pirgua” quiere decir abundante. De allí viene la palabra “Pirua”, que significa lo mismo, y de allí deriva Perú. Los antiguos peruanos eran muy cuidadosos con las toponimias. No daban nombre a un lugar sino como reconocimiento a una característica dominante. Por eso: si a esta tierra la llamaron pirgua, es porque pirgua y Perú significan abundancia.

El Maestro, luego, subrayó que debemos utilizar con

sabiduría nuestras disponibilidades de tierras aptas para alimentar a nuestros trabajadores. Si sabemos trabajar la costa, aquí podrían vivir 100 millones de seres humanos.

– ¡Sólo utilizamos el 4.5 por ciento de nuestras tierras costeñas!

Hay que hacer producir la costa, no repartiéndola en pedazos, en hilachas, a fin de seguir la receta de los demagogos. No. Hay que dar agua a estas tierras. La tierra sola no vale nada.

¡Tierra y agua!

Para eso debemos irrigar: grandes, medianas y pequeñas irrigaciones, de acuerdo a exigencias y prioridades de cada región o zona. Tenemos cientos de ríos de costa que pierden sus aguas en el Pacífico. Pulgar Vidal calcula 800 flujos de agua. Esas aguas se despilfarran, mientras la sed consume y calcina tierras.

El Maestro exclamó:

– Hay que unir costa, sierra y selva.

Hay que construir carreteras que partan del litoral hasta la cresta andina y descendan a los valles amazónicos. Debemos enlazar nuestras regiones transversalmente, uniendo niveles ecológicos que tienen características propias. ¡Los Incas lo hicieron! Y durante 400 años lo hemos olvidado.

El Maestro resumió su pensamiento en estos cinco epifonemas:

- ¡Agua suficiente para la costa!
- ¡Rescate de la sierra!
- ¡Carreteras de penetración!
- ¡Integración regional!
- ¡Retorno a las tierras del Ande!

EL PARTIDO NO SE EQUIVOCA.

Un discípulo, Walter Cuestas Díaz:

–Jefe, Perón llamó peronismo a su partido. ¿Por qué el Aprismo es Aprismo y no hayismo? Yo soy hayista.

–Yo, no– contestó el Maestro con voz fulminante.

El Maestro nos dijo que fundó el partido como acto de amor.

–En el fondo –confeso– soy reformador social más que político.

Haya de la Torre entendió, en la realidad dolorosa de su pueblo, que se necesita poder para cambiar la injusticia, para erradicarla, para construir un mundo de hombres libres y felices, utilizando métodos que no suprimen los derechos humanos, ni que condenan a nadie a servidumbres de clase o grupo. Tuvo que ser político, y en este rol quemó todo lo que a varones comunes y corrientes ata a la mundanidad: dinero, hogar, familia, propiedades, bienes, concupiscencias.

Luego dijo que tenía conciencia de sus defectos, de sus limitaciones, pero que luchaba a diario para superarlos, no en busca de perfecciones imposibles, sino para colocar al capitán de la nave por encima de apetencias y fragilidades que pueden hacer peligrar el mando.

Exclamó vibrantemente:

– ¡No soy genio ni santo! Luego:

– Ni siquiera aspiro a ser bueno. ¡Me basta ser digno de que me llamen justo! ¡Soy el primer aprista, pero también el último!

El coloquio se fue desarrollando sobre este tema, movido por preguntas cortas de los discípulos, que a veces el Maestro respondía con brevedades –Sí o No–, para luego detenerse en el espíritu y en las prácticas democráticas internas del Aprismo.

Nos reveló que nunca se sintió dueño de toda la verdad del Partido; por eso se convocan asambleas de toda escala, provinciales, departamentales o nacionales; por eso hay Plenarios, Ampliados del Comité Ejecutivo, Convenciones y Congresos.

¿Qué objetivo persiguen estas consultas y deliberaciones?

El Maestro respondió con serenidad y energía.

–Nuestro secreto es consultarnos– destacó con firmeza. Las grandes cuestiones del Partido se debaten de puertas para adentro. Esa es nuestra tradición magnífica y señera. Adentro se lavan los trapos sucios, si los hay, y cuando los hay. Pero lo que se acuerda adentro se cumple y se acata afuera. ¡Nadie está por encima del Partido! Quien se rebela contra el Partido, ya no es aprista. Quien tenga que quedarse, se queda; quien tenga que irse, se va.

Se detuvo un momento, paseo con lentitud sus ojos por toda la sala, y cuando el silencio se hizo profundo y vasto, estalló su voz metálica:

– ¡El Partido no se equivoca nunca!

Repitió la oración, como si quisiera clavarla, usando el brazo como martillo:

– ¡El Partido no se equivoca nunca!

SIMETRÍA DE HOMBRE Y PIEDRA

El Maestro tornó a su tema favorito: la educación popular, una de las esencias fundamentales del Aprismo.

Dijo que peregrinos como Alejandro Humboldt y Antonio Raimondi, que cruzaron mares y vencieron lejanías para afincarse en nuestras tierras, dieron testimonio sobre la magnificencia del escenario americano y, en especial, peruano, viviendo su agresividad. Señaló el Maestro

que los Andes colocaron el techo del mundo en nuestro continente, como morada de hombres y cóndores, y en aquella altura de vértigo, cercana a la soledad del sol. Sobre un imponente pedestal de piedra y nube, se levantó una de las 21 civilizaciones que recuerda enamorado Arnold Toynbee.

Ese varón de altura tuvo que educarse para vencer y domesticar la altura. El Maestro nos habló con lirismo refinado, a ratos, y con rigor científico, en otros momentos, sobre el contorno geoclimático de andinidad, en cuyas crestas nevadas, entre cuyas escarpas rampantes, nuestros antepasados se atrevieron a poner el pie y la mano. Hubo que adaptarse anatómicamente, hubo que acondicionarse biológicamente, hubo que acomodarse psicológicamente.

¿Qué tiempo?

¿Cuántos años, siglos, tardó este proceso de acoplamiento y simetría entre hombre y piedra; esta armonización de la naturaleza y el varón recién llegado, apenas amanecido, casi asomado al tercer día de la creación?

El Maestro expresó a sus discípulos que aquella topografía peculiar y peregrina era espacio donde el protagonista tuvo que encarar y resolver, con audacia y atrevimiento, los problemas de una geografía sin paralelo ni precedente.

Nadie, antes, había osado escalar tanta altura y tanto pasmo: ni los hititas del viejo mundo. Los primeros habitantes de esas cumbres desoladas vivieron, sin duda, muchos años en estado de larvación, vegetando, mientras se adaptaban al medio, hasta que lograron el prodigio de su identificación con el habitat, y entonces pudieron crear, dominar su ambiente y construir un modo de vivir y trabajar felices.

El Maestro dijo que si vamos del litoral a las cumbres andinas, y luego hacia Oriente, descendiendo a la Selva, podremos apreciar, en retrospectión profunda, que nuestros antepasados dominaron maravillosamente cada nivel ecológico, con realismo aleccionador, obteniendo de la naturaleza suficientes alimentos para todos y resolviendo, de esta manera, todo conflicto de escasez. Este hombre y esta mujer no sólo tuvieron vísceras para altura, sino, y el Maestro puso relieve especial aquí, que esos hombres y mujeres fueron capacitados para responder con eficiencia al reto de la tierra. Los educadores de entonces labraron generaciones fieles al habitat, capaces de responder con fortuna al desafío de las adversidades.

EDUCADOS PARA IMITAR

El Maestro presentó un caso concreto de disfuncionalidad de nuestra educación, imitadora de moldes extranjeros, bajo colonialismo servil.

Aquí llamamos frívolamente Corriente de Humboldt a la corriente fría de nuestra costa occidental del Sur. Hemos sido educados para imitar y repetir. Por eso repetimos que Humboldt descubrió esta corriente, cuando visitó Perú en 1802, permaneciendo en nuestro territorio 145 días, de los cuales utilizó 61 para investigar en Lima.

Haya de la Torre leyó un fragmento de la carta que el ilustre sabio alemán dirigió, el 21 de febrero de 1840, a su amigo Henrich Berghaus, quien preparaba un mapa de nuestras costas.

En esa carta Humboldt escribe:

“Haré la gestión con la condición expresa de que la dedicatoria que he visto y que me causa un perjuicio

muy serio (cosa que a mi sólo me toca juzgar) no aparezca. Protesto asimismo (públicamente desde luego) contra toda 'Corriente de Humboldt', que vendría a imitar a la de Rennel, que ha caído ya en la irrisión de los navegantes de Inglaterra. LA CORRIENTE EN CUESTIÓN ERA CONOCIDA 300 AÑOS ANTES QUE YO, POR LOS APRENDICES DE PESCADOR DESDE CHILE HASTA PAITA; no me corresponde sino el mérito de haber sido el primero en medir la temperatura del agua en movimiento”.

Alejandro von Humboldt, nacido en Berlín, 1769, fundador del americanismo científico, tuvo este gesto de honestidad que llegó a vindicar a los chalacos de Pulgar Vidal, es decir, a hombres de chala, de costa, de litoral, que conocían la Corriente Peruana nada menos que 300 años antes que el mismo Humboldt, y no sólo la conocían sino que la trabajaban para sacar del mar alimentos abundantes y guano para sus sembríos.

Humboldt nos dejó la lección que recibieron los apristas: estudiar nuestra realidad con amor, sin préstamos exóticos, sin recetas traídas en folletos mal traducidos por moscovitas y pekineses. La Corriente de Humboldt no existió nunca, ni en la mente del sabio alemán, salvo en el lenguaje de copistas de extranjerismos fáciles y mostrencos.

PERU ES UN DEBER.

El Maestro se detuvo respetuosamente ante la memoria de un italiano insigne, que tanto amó al Perú:

–Antonio Raimondi.

Raimondi nació en Milán, Italia, el 19 de setiembre de 1826, casi 33 años antes que muriera Humboldt. Naturalista por temperamento, consagró su vida y sus talentos al estudio de animales, plantas y minerales.

Quiso estudiar y amar al mundo: vivió para intentarlo. Haya de la Torre, a esa altura de la narración, recordó estas palabras de Juan Teófilo Fichte:

–El mundo es material de mi deber.

Raimondi hizo su deber con pedazos de mundo, de hombres y cosas, rodando desde Italia hasta nuestro país. Partió de su tierra natal en 1850, a los 23 años de edad. Llegó al puerto del Callao en día significativo: 28 de julio de 1850.

Desde entonces se dedica a tejer el más hermoso ejemplo para los jóvenes peruanos de entonces y de todos los tiempos: viajar devotamente por tierras peruanas, estudiando su naturaleza y sus reinos poblados de plantas y animales. Analiza científicamente el guano y el salitre. Emplea 17 años para cruzar costa y sierra, de ida y vuelta, de arriba a abajo.

El Maestro repitió la consigna de honor del Partido:

-Joven, prepárate para la acción y no para el placer.

Raimondi trajo al Perú su juventud ilustrada y la consumió entera al servicio del país, estudiándolo, amándolo, propagándolo, enalteciéndolo. Raimondi habría sido aprista en 1965. Porque vivió para el deber y la lucha.

Haya de la Torre tributó palabras llenas de admiración al ilustre naturalista, que casó en Caraz, que tuvo hijos peruanos y que, al final de su vida gloriosa, escogió una ciudad aldeana para reposar eternamente: San Pedro de Lloc, donde murió el 26 de octubre de 1890.

Antes de pasar a la eternidad, Raimondi legó a los jóvenes del Perú estas palabras de oro:

–"Jóvenes: Consagraos a conocer vuestro país y los inmensos recursos que tiene".

Con estos peregrinos, con hombres como Raimondi, se

ha hecho nuestro mestizaje. Con extranjeros que no trajeron recetas apátridas, sino que vinieron a descubrir nuestra realidad, a vivir y morir con nosotros, se ha hecho este barro, esta arcilla, que los apristas amamos más que a nuestra vida y con la que restauraremos la grandeza de nuestro pasado para luego labrar el Perú de nuestros hijos:

–Perú de Pan con Libertad,

–Perú es nuestro deber.

Fuente:

CAMPOS, Ignacio. Coloquios de Haya de la Torre, Okura Editores S. A., Lima, Perú, 1986, pp. 163-176.

